



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

ALOYS SENEFELDER.

La imprenta y la litografía, estos dos grandes elementos de civilización, son bastantes á immortalizar á los dos grandes hombres que las descubrieron, *Gutenberg* y *Senefelder*; ya nos ocupamos del primero de ellos, y justo es que hoy consigamos algunos ligeros apuntes biográficos del segundo, inventor del arte á quien nuestra *Revista* debe su existencia.

Nació Senefelder en Praga en 1771, siendo su padre artista dramático, y se dedicó al estudio de las leyes en la universidad de In-



Aloys Senefelder.

golstadt; mas con una decidida afición al arte que su padre habia cultivado, dejó los estudios y se dedicó á la composición dramática, que habia ya ensayado cuando era estudiante.

El éxito que obtuvo una piececita titulada *El conocedor de las mujeres*, en la cual representó, le hizo creer que la fortuna podria serle propicia en esta carrera, y fué desde este momento autor y actor. No pudiendo obtener como esperaba una contrata en el teatro de Munich, recorrió con una compañía de comediantes las ciudades de Nuremberg, Augsburgo y Ra-

tisbona. Disgustos y privaciones le proporcionó únicamente su profesion, y se decidió á consagrarse por completo á la literatura. Con objeto de darse á conocer, trató de que se imprimiesen sus obras; pero entonces, como ahora, era sumamente difícil á un autor novel encontrar editores, y sólo un librero le ofreció una cantidad por sus obras, con la precisa condicion de que se hallasen impresas dentro de un plazo marcado. Como era natural, Senefelder deseaba que el trabajo se hiciese con la mayor celeridad, y se instaló en la imprenta dias enteros, ayudando él mismo en las cajas y la prensa; pero á pesar de su actividad y su celo, no estuvo concluida la obra hasta quince dias más tarde, y el librero no dió á Senefelder la cantidad.

En aquellos dias de tristeza que siguieron á su decepcion pensaba que si él tuviera una prensa no le sucederia aquello, y empezó á todo trance á procurar tenerla, aunque se encontraba sin recursos.

La pobreza de este hombre, que entonces sin duda alguna le proporcionaria grandes disgustos por no poder realizar su deseo, fué la causa de que la litografía se descubriese, porque si hubiera contado con medios para establecer una imprenta, se hubiese limitado á reproducir sus escritos con los medios ya conocidos de impresion.

Era su afan inventar una nueva manera de imprimir que le fuera muy económica, y ensayó el hacer en una pasta blanda, en la que iba señalando letras de imprenta, un molde que lleno de lacre le hiciese obtener las letras en relieve, pero el lacre se rompía á la menor presion; probó despues á cubrir de un barniz planchas de cobre y de estaño, y grabando sobre ellas obtener la huella de las letras por la accion del ácido, y gastando para la limpieza de las planchas mucha piedra pomez, empleó unas piedras blancas que encontró en la orilla del Isar.

Con el uso las piedras se fueron pulimentando, y un dia que su madre le encargó tomase nota de la ropa que entregaba á la lavandera, Senefelder, no encontrando papel á mano, escribió con su barniz en una de aquellas, y antes de borrarlo, al escribir la cuenta en limpio en un papel, tuvo curiosidad de ver qué resultaria bajo la accion del ácido dando tinta á la piedra, y enton-

ces... la litografía en relieve quedó descubierta. Este hecho tuvo lugar en Julio de 1796.

Tal fué el origen que él mismo referia con la mayor llaneza, y que está consignado por su discípulo Knech.

El carácter emprendedor de Senefelder, que á todo se dedicaba buscando descubrimientos, habiéndose ocupado hasta de la direccion de los globos, le hizo ir adelantando en el arte que inventó, perfeccionándole con nuevos inventos, y despues de verse honrado por el Rey de Baviera y personajes notables de su tiempo, falleció en Munich en 26 de Febrero de 1834, á la edad de 63 años.

HISTORIA NATURAL.

2ª PARTE.

Clase 3ª - Reptiles.

Entre los animales vertebrados llámase reptiles los de sangre fría, cráxon dividido en tres cavidades, reproducción ovípara, piel escamosa ó lisa y extremidades cortas ó carencia de ellas, por lo que marchan siempre arrastrándose.

Dividense los animales de esta clase generalmente en cuatro diferentes órdenes, á saber: quelonios ó tortugas, sáurios ó lagartos, ofidios ó culebras y batracios ó ranas.

Los quelonios ó tortugas no tienen dientes, su esqueleto está en parte contiguo con la cubierta epidermal de su piel, y sus miembros tienen su punto de apoyo en la cavidad torácica y no en la superficie; su cuerpo está resguardado por una fuerte coraza huesosa, dividida en dos partes: la de encima se llama espaldar y la inferior peto. A este orden pertenecen la tortuga carey, de cuya armadura se extrae la concha de que se construyen raras objetos, la franca de gran volumen y peso, que llega á ser de más de 200 kilogramos, y habita en el Atlántico y mar Pacífico; la terrestre ó griega, que prefiere las costas; la egipcia, que únicamente se cria en el

Bofo, y el galapago, tan conocido entre nosotros, que es el menor de tamaño.

El segundo orden, que hemos dado el nombre de saurios, le forman los reptiles de piel escamosa, cuatro cortas extremidades y cuerpo prolongado; y son de notar entre ellos, el cocodrilo de gran tamaño, de boca grande, armada de dientes implantados en la mandíbula, vive en el agua en las riberas y es terrible por su ferocidad: la variedad común existe únicamente en América y la gavial en la India. Además del cocodrilo corresponden á este orden los lagartos, que nos son tan conocidos también; el camaleón, de quien nos ocupamos detenidamente en la pag. 1.^a del tomo I, el inguana y la salamandresa, que suele habitar con preferencia entre las piedras de las ruinas, y cuyas extremidades son tan dispuestas para trepar, que este pequeño animal verifica con la mayor facilidad una ascension por la superficie mas lisa y resbaladiza.

El tercer orden, ó sea de los ofidios, viene de ofis, palabra griega que significa serpiente, y sus individuos son de gran longitud relativamente á su grueso, no tienen oídos ni párpado en sus ojos, ni orejas, ni extremidades, y andan merced á sus ágiles ondulaciones.

Dentro de este mismo orden existe una subdivisión que los clasifica en dos grupos, culebras ó serpientes venenosas y no venenosas.

Distingúense las primeras, por tener en la boca doble fila de dientes y otros huesos que llenan de un licor venenoso que destilan, y son terribles por lo tanto sus mordeduras, pues soltando el veneno al mismo tiempo dentro de la herida únese á la circulación muy en breve, ocasionando graves accidentes que pueden producir la muerte. Los habitantes de los lugares donde abundan

estos animales, al sentirse mordidos, se atan fuertemente ligaduras que cielen la herida, agrandan esta para que arroje sangre, y después de extraer la gonorrea, se cauteriza.

La más notable de las serpientes venenosas, y de la que todo el mundo tiene alguna noticia, siquiera esta no sea más que de nombre, es la llamada de cascabel, pues al andar y moverse produce un ruido especial con las escamas que tiene en el extremo de la cola, que vienen á formar unas sonajas. Éíenese su mordedura por mortal, y el ruido que hace al andar avisa del peligro que corre el que se encuentra por aquellos sitios donde habita.

(Se continuará)

EL NIÑO ANSIOSO.

FÁBULA.

Era Joaquín un niño que adoraban sus padres con locura, y tanto le mimaban, que si la criatura pedia cualquier cosa, en el momento por mirarle contento ellos satisfacian sus antojos. Sus caprichos sin fin, que no eran flojos, veia realizados el chiquito; así que Joaquinito siempre se hallaba alegre y campechano. Segun aquel adagio castellano: «Dándome lo que quiero tengo una condicion como un cordero.» Mas como es evidente que cuanto más caprichos se consiente á un niño, más le asaltan á porfía, llegó Joaquín un día á ser en demasía caprichoso, y hasta para comer hizo se ansioso. Habia que servirle mucho y pronto y con el plato lleno; era tan tonto que miraba con ansia cualquier plato, teniendo envidia hasta del mismo gato. Fué á pasar unos dias en verano en un pueblo cercano en casa de un amigo de su padre, y allí del mismo modo que en la paterna casa nunca encontraba tasa

su ansiosa condicion, y ansiaba todo. Por darle una leccion, aquel sugeto que no era exagerado en el cariño como su padre, siendo más discreto, un plato predilecto de aquel niño hizo guisar, echando expresamente acibar que amargaba horribilmente. Llególe el turno al plato en la comida, y al verle el tal Joaquin, dijo en seguida con voz chillona y con mirada adusta: «Dadme á mí mucho... mucho, que me gusta.» Sirviéronle, y ansioso saltó sobre la silla presuroso,

y cogiendo aquel plato, sin sentarse se dispuso á comer hasta cansarse, cuando notó el amargo, é hizo un gesto diciendo con dolor: «Qué malo es esto.»

—¿Sabe mal, Joaquinito?
le dijo el caballero; pues hijito no comas hoy, no te haga daño el susto, y es lo mejor que mi consejo tomes. Si es malo el gusto de lo que ahora comes, el ser ansioso aun es de peor gusto.

G.



Historia natural.

CORONA DE LA INFANCIA ⁽¹⁾

VI.

TRES PLEGARIAS.

—Mira, hija mía, como para hacer bien nuestras devociones, ya te he dicho que es menester rezarlas despacio, y pensando en lo que se dice, ahora te marcaré las que debes tener, pues si fueran muchas, acaso por

tu corta edad te cansarian y perderian el fervor y por consiguiente gran parte de su mérito.

—Dígame V. las que puedo tener.

—Por la mañana debes rezar primero el Credo, esa plegaria compuesta por los apóstoles para enseñarnos á orar.

—¿El credo? y muy bien que lo sé.

—Yo te lo explicaré otro día y sabrás lo que significa.

—¿Y despues de eso?

—Lo ofrecerás al Señor como accion de gracias porque te dá de vida un nuevo día,

(1) Véase la pág. 22.

prometiéndole ser muy buena en todo él, y pidiéndole que te bendiga.

—¿Y qué rezaré luego?

—La Salve, con la cual te diriges á la Santísima Virgen, Reina de los ángeles, Madre de los hombres y abogada de los niños buenos. En ella la saludas cariñosamente, y al concluir le ruegas que te cubra con su manto y que te escude como madre, bendiciéndote también. Luego dices el Padre Nuestro, y lo ofreces al ángel custodio, pidiéndole que guie todas tus acciones de aquel día, y que te lleve por el camino que conduce al cielo.

—¿Sabré yo decírselo bien?

—Mira cómo:

Ángel puro y soberano
que de mí vienes en pos,
tiéndeme tu santa mano
y condúceme hasta Dios.

—¡Oh! yo lo diré todos los días, puesto que es muy fácil aprenderlo, y puesto que el ángel no se cansará de oírlo, porque es muy corto.

—Los ángeles y los santos no se cansan nunca de escucharnos, hija mía.

—¿Y no sabe V. otra plegaria con que poder dirigirme al Señor y á la Virgen María?

—¡Oh! sí que sé.



El niño ansioso.

—Pues dígamelas V., dígamelas usted, mamá.

—Dios mío, si por mi amor
sufriendo estás de esa suerte,
haz que tu cruz y tu muerte
me den la vida, Señor:
¿por tu amarga pasión,
y por tu santa inocencia,
purifica mi conciencia
y dame tu bendición.

—Ahora la de la Virgen.

—Oyela:

¡Oh, María! de los niños,

abogada y protectora;
oye mi acento, señora,
que llega amoroso á Tí.
Y pues soy tu amante hija
cambiemos hoy nuestros dones:
para Tí mis oraciones,
tu bendición para mí.

—¿Y nada más?

—Nada más por la mañana; pero al acostarte, rezarás al santo del día, al santo de tu nombre, pidiéndole que te dé sus virtudes, y dirigirás tu última plegaria por las almas que esperan en el purgatorio nues-

tras preces para subir al cielo, y entre las cuales, mi Luisa, se encontrarán las nuestras mañana.

VII.

EL VALOR DEL TIEMPO.

—No te entretengas, Luisa; acaba de vestirti pronto; el tiempo vale mucho, y debemos aprovecharnos de él, de modo que ni jamás nos parezca demasiado largo, ni le hallemos corto por demás.

—Y cómo lo haremos para eso? porque yo, mamá, confieso que nunca he pensado en lo que dice V.

—Eres muy niña, hija mía, y no es extraño que ignores el valor del tiempo.

—V., qué es tan buena y qué lo sabe todo, sin duda me lo enseñará.

—El tiempo nos parece siempre corto cuando nos entretenemos y lo perdemos en balde, puesto que le necesitamos para cumplir bien los deberes que cada uno tiene en su estado. Por ejemplo, tú debes estar en el colegio á las ocho, y para esa hora te es preciso hallarte dispuesta. Si ocupas el rato en ir y venir, en revolver y enredarlo todo, en vez de emplearlo en vestirti, peinarte y desayunarte, sin duda al sonar la hora de salir de casa tendrás que hacerlo todo mal y apresuradamente.

—Así me sucede muchas veces, y luego V. me riñe y mi buena directora se enfada si llego tarde, porque dice que entonces escribo mal mis planas, no estudio bien mis lecciones, ni hago mis labores perfectas, por hacerlo todo deprisa.

—Ahí tienes, Luisa mía, la confirmacion de todo cuanto te he dicho: por el contrario, si no malgastas los momentos en vanos entretenimientos, lo harás todo con orden, sin fatigarte ni exponerte á que se te riña.

—Es cierto, y comprendo muy bien todo eso de que malgastando el tiempo viene corto: pero lo que no sé explicarme es cómo algunas veces dice V. que nos puede parecer demasiado largo.

—Pues es muy sencillo: el ocio es la causa de ello: una niña que no se ocupa en nada, que pasa las horas siempre saltando y jugando; siempre de acá para allá, será molesta en todas partes, y se cansará de divertirse, fastidiándose de sus juegos y no hallando ya placer en ellos. Supon, hija mía, que estuvieses un día entero ocupándote de tus muñecas: en los primeros instantes te hallarías muy contenta; pero como nada hay tan inconstante como la niñez, al cabo de una ó dos horas te aburrirías, y cambiarías aquel juego por otro, encontrándote al poco rato harta y cansada de todos. El ocio trae consigo el abuso de los pasatiempos, y este el aburrimiento y el fastidio. Así como nada hay tan alegre y tan hermoso como las diversiones inocentes despues del estudio y del trabajo, así nos fatigan y nos hastían cuan-

do sólo nos dedicamos á ellas. El tiempo bien distribuido entre el cumplimiento de nuestros deberes y los recreos propios de la edad, es un tesoro inapreciable que jamás puede venir corto ni parecernos excesivamente largo, siempre que no lo perdamos inútilmente, y sepamos emplearlo bien.

VIII.

EL MEJOR ADORNO.

—¿Qué vestido va V. á ponerme hoy, mamá?

—El mismo que llevaste ayer.

—¿El mismo?

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Porque ayer iba una de mis compañeras tan bonita! Llevaba un vestido de seda muy lindo y unas enaguas con encajes, que por cierto se rompió al pasar sobre una silla.

—Y tú quisieras...?

—Yo quisiera que me hiciese V. uno igual, ó al ménos que me dejase poner hoy el que me hizo para el día de mi santo.

—Escucha, Luisa: el lujo y el adorno mejor de una niña, consiste en estar siempre muy limpia, en llevar sus trajes muy arreglados, sin un roto y sin una arruga. Las manchas que una niña lleva en el traje, escriben en él estas palabras, que lee fácilmente todo el que la ve: «Mi dueña es súcia, perezosa y descuidada.» Por el contrario, un vestido limpio y sin ajar, va diciendo á cuantos le miran: «Esta niña es cuidadosa, limpia y juiciosa.» Y como el traje está de continuo á la vista, hé aquí que todos saben los defectos ó las buenas cualidades de su dueña.

—¡Oh! pues yo tendré mucho cuidado de no ensuciar ni estropear mi ropa para que los demás no lean en ella esos defectos.

—En cuanto al valor de nuestras prendas, las niñas deben usarlas de poco costo, y aun así pueden ser bonitas y sentarlas perfectamente. Una niña que desea vestir sedas y blondas demuestra que hoy no es modesta, y que más tarde será vanidosa, llegando quizá por este defecto á otros muchos mayores. El hábito y la costumbre del lujo, hija mía, es el germen de muchas desgracias que yo te quiero evitar. El orgullo, la envidia son siempre sus consecuencias; y la que siente en su corazón estas dos malas pasiones, no será nunca ni querida ni dichosa. No ambiciones, pues, hija mía, trajes costosos ni ricos; puesto que en vez de embellecerte te afearían, quitándote la sencillez que tanto adorna á las niñas: no quieras tampoco llevarlas distintas cada día, ni ponerte el vestido que has de lucir en el paseo para casa ni para el colegio, pues esto sólo probará que ni te agrada el orden, ni eres guardosa. Entre las flores, la que tiene ménos galas, ménos hojas y ménos colores es la violeta,

y sin embargo, es la que posee más aroma, y es donde quiera más celebrada, porque es emblema de la modestia y la humildad.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA CASA DE LA MADRE.

El sueño final dormía

Tendida en fúnebre caja,

Con blanca y negra mortaja

La jóven madre María.

Y hallando el acceso franco

Un niño en la sala entró,

Y muerta á su madre vió

Vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte

Con infantil impiedad;

Estaba en la tierna edad

Que aun se ignora que haya muerte

Mas causáronle estupor

Aquellas manos en cruz,

Y aquel traje y tanta luz

De su madre en derredor.

Un mancebo por detrás,

Asiéndole con cariño,

Sacó de la casa al niño

Que á su madre no vió más.

En un templo cierto día

Dar vió reverente culto

A un triste y hermoso bulto

Que blanco y negro vestía.

Cercábanle ardientes cirios,

Las manos le vió cruzadas,

Y en el pecho siete espadas

Indicando sus martirios.

«¡Mirad á mi madre allí!»

El niño al punto exclamó;

Un jóven le dijo: «No»;

Le dijo una anciana: «Sí.

»Lo es tuya de varios modos

»María, que allí se vé.»

—María mi madre fué.

—María es madre de todos.

Junto con piadoso error

El niño (y hombre las junta),

La madre que vió difunta

Con la Madre del Señor.

Y dulce interés despierta

Oirle en voz conmovida:

Primer recuerdo en mi vida

Fué ver á mi madre muerta.»

J. E. HARTZENBUSCH.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Receta para hacer tinta blanca.

Se toman cáscaras de huevos frescos bien lavadas y blancas; se porfirizan sobre un

mármol bien limpio con agua clara. Se las mete en un vaso limpio, y se las deja reposar así en una cantidad de agua, hasta que el polvo descienda al fondo. Viértase ligeramente en el agua que sobrenada, y se hace secar el polvo al sol; una vez seco se guarda para el uso.

Cuando queráis hacer vuestra tinta blanca tomad de la goma amoniaco escogida en pedazos redondos blancos en su interior y amarillos por fuera: se monda con cuidado la piel amarilla que los cubre. Se hace disolver esta goma durante una noche en ácido acético, que encontrareis por la mañana de una blancura estremada. Pásese esta disolución al través de un lienzo blanco y fino, y meted en él suficiente cantidad de polvo de huevo, y os formará una tinta blanca y brillante, con la cual podreis escribir sobre papel negro ú otro cualquiera papel de color oscuro.

Tinta verde en pastillas.

Se escoge una buena cantidad de ácido de cobre preparado con el acético, y se forman unas pastillas con agua destilada de nuez de agallas verde y un poco de vinagre; se hacen secar estas pastillas. Cuando queráis hacer vuestra tinta verde, hareis disolver la cantidad suficiente en agua de goma arábica.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 40.

Núm. 1.—Bordado en *soutache* para adorno de trajes de niños.

Núm. 2.—Escudo para pañuelo bordado á plumetis.

Núm. 3.—Ramo id. id.

Núm. 4.—P O enlazadas (bordado en blanco).

Núm. 5.—Y H. id. id.

Núms. 6, 7 y 8.—Cifras sueltas al pasado y plumetis.

ACERTIJO

Una letra en otra letra....

si la sabes colocar....

obtendrás seguramente....

el nombre de una ciudad.

(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada del núm. 52:

PIANO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

